

que se contó por días en lugar de horas.

*Operaciones en la Mandchuria.*—Las contadas ocasiones en que la caballería japonesa se ha atrevido á operar sin el apoyo inmediato de su infantería ha salido malparada; á pesar de la evidencia de este hecho, en los últimos días los destacamentos de cosacos que cubren el frente ruso han encontrado ligeras patrullas volantes de caballería enemiga, á las que han dispersado y casi destruido con facilidad. No podemos atribuir la estéril osadía desplegada de improviso por los jinetes japoneses, á excesiva confianza en sí mismos, ni menos á torpeza del alto mando, porque desde el principio de la guerra los generales nipones han reconocido la inmensa superioridad, en todos conceptos, de la caballería rusa. Debemos interpretar lo acontecido como indicio de que el espionaje de los chinos no presta á los orientales, en el actual teatro de la guerra, los eficaces y positivos servicios que les rindió cuando se encontraban al S. de Tie-ling. La actitud de las bandas montadas de tunguses parece así mismo haber cambiado, porque antes de la ocupación de Tie-ling la caballería japonesa operaba siempre en combinación con esos partidarios, y recientemente se observa bastante independencia en los planes y propósitos de aquellas fuerzas irregulares.

El telégrafo ha hecho saber la ocupación de Tun-hu-sieng por los rusos, después de un vivo combate. Por tratarse de un hecho que favorece notoriamente la situación general del ejército ruso, los periódicos extranjeros que se precian de tener mejor información, lo han pasado en silencio, sin un solo comentario. El avance del ala izquierda rusa hasta Tung-hu-sieng descarta por el momento toda maniobra de los japoneses hacia Vladivostok, y previene todo movimiento envolvente contra aquella ala, en tanto los nipones no reconquisten aquella posición ó extiendan desmesuradamente sus líneas hacia el E.

El grueso japonés continua en Mukden y en Tie-ling, y la actividad del mariscal Oyama se dirige, si hemos de creer las veladas noticias que llegan del cuartel general japonés, á constituir una fuerte posición defensiva.

El gobierno ruso gestiona, cerca de la China y de otras potencias, que la frontera de Mongolia se considere situada á 30 kilómetros al O. del río Daliao; si lo consigue, ó si el general Lenevitch sujeta sus operaciones á esa frontera convencional, la caballería rusa podrá extenderse hacia los confines de los desiertos mongólicos, de suerte que los japoneses, para envolver el flanco derecho ruso tendrían que trasladarse á

regiones inhospitalarias y desprovistas de recursos. Dada la situación general del ejército ruso y la gran longitud de su frente, la operación más indicada no es ciertamente la del ataque por el flanco, sino la ruptura del centro.

No se han recibido noticias de las columnas rusas que están estacionadas al NE. de Corea.

*Operaciones navales.*—Continua siendo un enigma la situación del grueso de las dos escuadras rusas. Aunque á primera vista parece incomprensible este hecho, tiene muy sencilla explicación, porque las unidades de combate se mantienen en el centro de una larga línea formada por los cruceros auxiliares y los barcos transportes, y los buques mercantes que se aproximan ó pasan á la vista de la flota se ven obligados á contornearla, sin que lleguen á divisar la composición y naturaleza de las fuerzas que se mantienen en segunda línea. De aquí las noticias contradictorias que se reciben, pues aunque lo probable es que los barcos de combate naveguen reunidos no acontece lo propio con los auxiliares y transportes, que á menudo maniobran separados del grueso de la escuadra.

La flota de Rojdestvensky, al abandonar la bahía y aguas de Kamranh descendió al S., hasta cerca de Saigón, en cuyos mares practicó un crucero. Ultimamente ha vuelto al N., y según todas las probabilidades se encuentra cerca de Natrang, en las costas de Annam y á mitad de distancia entre Singapur y Formosa; una división está más al N., en las costas meridionales de la isla de Hainan.

La tercera escuadra ha sido señalada, el 1 y el 4 de Mayo, en el estrecho de Malaca; aunque el Gobierno de San Petersburgo lo calle ó lo desmienta, es casi seguro que el día 10 de Mayo se habrán reunido las dos escuadras.

El almirante Rojdestvensky, jefe hasta aquí de la segunda escuadra, ha sido nombrado comandante en jefe de la flota rusa del Pacífico, con jurisdicción sobre todos los barcos rusos que hay en el Extremo Oriente.

Los japoneses continúan en su mutismo. Como no se puede admitir que la armada rusa permanezca mucho tiempo en el mar de la China, sin base ninguna y expuesta á las asechanzas y ataques del enemigo, la incorporación de la tercera escuadra á la segunda señalará el principio de las operaciones navales, con las cuales tal vez se inicie el periodo final de la guerra.

JUAN AVILÉS

Comandante de Ingenieros

6 Mayo, 1905

Imp. CASTILLO.

# La Guerra Ruso Japonesa

**SUMARIO:** Revista internacional, por F. Larin.—Concepto general de la situación, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Los últimos días del «Sevastopol».—La neutralidad francesa, por J. A.—La situación en Corea, por el Capitán Subrio Escápula.—Un episodio del sitio de Port-Arthur: El ataque por la mina.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



Decapitación de un tungús

## REVISTA INTERNACIONAL

Muy revuelto se presenta el campo de la política internacional. Aunque por un milagro divino se evite la propagación de la hoguera que arde en el Extremo Oriente, quedarán brasas en el rescoldo, odios y antagonismos de unos pueblos á otros, que provocarán nuevos conflictos en un plazo no lejano, lo cual es tan cierto, que la presente guerra no es más que el principio de una serie de profundos trastornos que modificarán el estado político de Asia y repercutirán probablemente en Europa y en América.

La presencia de la escuadra rusa en el mar de la China ha dado motivo para que se represente una comedia, con vistas á sainete, pero que puede degenerar en tragedia. Rojdestvensky sale de unas bahías para entrar en otras, paseando tranquilamente á lo

largo del litoral de Annam. Detrás de los barcos rusos, un crucero francés visita los mismos parajes, invitando al almirante moscovita á que se haga á la mar, intimación obedecida al punto; pero como entre la fecha en que el gobierno francés recibe la noticia de la presencia de los barcos rusos en una bahía y la llegada á la misma del crucero, transcurren siempre por lo menos tres ó cuatro días, Rojdestvensky leva anclas después de haber conferenciado con su gobierno, y de extraer de tierra los recursos á que tiene derecho, según la declaración francesa de neutralidad.

Tal conducta despierta la mayor indignación en el Japón. Los letrados se deshojan estudiando el derecho internacional; los periódicos elevan el diapason de sus escritos, habiendo llegado á pedir que el Japón embargue los barcos franceses que se encuen-

tran en los puertos japoneses, y confisque las mercancías. Los más inocentes declaran que la conducta de Francia no solo es ofensiva para el Japón, sino que envuelve notorio desprecio y un ataque velado á la Gran Bretaña, puesto que estando aliada esta potencia con el Japón, lo que redunde en perjuicio de ésta debe afectar también á la primera. El embajador japonés en París menudea sus visitas á M. Delcassé, éste telegrafía á San Petersburgo, y allí le responden que se han dado órdenes terminantes á Rojdestvensky para que no viole la neutralidad francesa, y que como ignoran el punto exacto donde se encuentran los barcos, nada más pueden hacer. ¿Para qué—claman los japoneses—hemos hecho tantos esfuerzos á fin de localizar la guerra, si la escuadra de Rojdestvensky puede permanecer semanas enteras en Madagascar, y días y más días en Kamranh? Y no les falta razón.

Los adelantos de los tiempos han hecho figurar en el derecho internacional, más ó menos mojado, la teoría de la localización de la guerra, es decir, la teoría de que uno de los beligerantes puede señalar el lugar en que ha de desarrollarse la guerra; claro es que el otro beligerante tiene el derecho de hacer caso omiso de ella. En el presente conflicto el Japón pretende que la guerra marítima se desenvuelva en las costas de su imperio, y se revuelve airado contra los que opinan de un modo diferente. Lo peor es que Inglaterra no puede aceptar esta doctrina, porque ¿adón le iríamos a parar si en una guerra con la Gran Bretaña su adversario señalase exclusivamente como teatro de operaciones—para los ingleses, por supuesto, lo mismo que en este caso los japoneses quieren obligar á los rusos—las costas del Canadá o de la Australia?

Si la diplomacia prescindiera de uno de sus principales, ó mejor dicho del único de sus atractivos, y llamara á las cosas por su nombre, la respuesta mejor que el gobierno francés pudiera dar al de Tokio sería recordarle que el espíritu, la base y el fundamento de la neutralidad consisten en tratar con perfecta igualdad á los dos beligerantes, y que por consiguiente, como no es cosa de delatar la guerra á Rusia ni á nadie por complacer al Japón, la única solución posible sería que la escuadra de Togo visitase los mismos parajes que la de Rojdestvensky y trabase batalla, con ésta si le pareciera bien. Que es sin duda lo que el almirante ruso habrá dicho al francés, á solas en su cámara y empleando ambos el lenguaje poco diplomático de los marinos: si al Japón le disgusta lo que hago, que venga Togo á impedirlo. Pero el buen Togo no quiere empañar los laureles cosechados en la noche del 8 de Abril de 1904, y reputa de natural y lógico que las demás naciones obliguen á que su enemigo se meta en la boca del lobo.

Las funciones, saturadas de dignidad y de

misterio, de los representantes diplomáticos acreditados cerca de los gobiernos extranjeros, vedan á quienes desempeñan aquellos cargos el ejercicio de no pocos derechos elementales de que gozan tanto los naturales como los extranjeros; la influencia que esos personajes diplomáticos ejercen en la opinión pública del país es casi nula. Comprendiéndolo así, el gobierno japonés ha destacado á las principales cortes algunos de sus más avisados políticos, sin otorgarles representación oficial, pero sí oficiosa, es decir, autorizándoles á sostener en público y en privado que las ideas que defienden y propagan son las del gobierno japonés. Los dos principales personajes de este linaje, son el famoso barón Suyematsu—de quien hemos hablado en más de una ocasión—que trae revueltos á los ingleses, con sus discursos, sus banquetes y su esplendidez, y el barón Kaneko, residente en Washington.

Alarmado por el cambio de ideas y de sentimientos que se inicia en los Estados Unidos, este señor Kaneko ha entrado en activas funciones, y su primer acto ha sido invitar á eminentes personalidades yankees á un banquete celebrado en New-York. Al brindar, Kaneko, parodiando á los apóstoles, pronunció algunos párrafos dignos de que los conozcan nuestros lectores. «Los detractores del Japón han dicho que nosotros deploramos la presencia de los americanos en Filipinas. Es inexacto. Nosotros nos congratulamos de vuestra entrada en Oriente, y nunca procuraremos que os retireis. En nombre del Japón y del pueblo japonés yo os digo que os amamos y que nunca pretendemos que abandonéis el Oriente, porque necesitamos vuestra ayuda para civilizar el Asia é introducir en ella las ideas sajonas y americanas.... Deseamos ardientemente vuestra prosperidad, porque vosotros sois nuestros buenos vecinos y amigos... El establecimiento de relaciones recíprocas sobre la base de los intereses económicos, nos hará dueños de Asia. El establecimiento de la «puerta abierta» en China frustrará toda tentativa de desmembración del Celeste Imperio». El telégrafo no nos ha revelado lo que dijeron los yankees, pero presumimos lo que pensarían.

Lo que resulta un tanto enigmático es que Inglaterra, tan interesada en el triunfo del Japón, y que hace unos meses viene ejerciendo positivo ascendiente sobre Francia, no despliegue mayor actividad en beneficio de su aliada. De pocos días á esta parte, los principales periódicos británicos consagran largos artículos á estudiar la influencia que en los destinos del Asia central ejercerá el ferrocarril Orenburg-Tashkent, y se preocupan de la concentración de tropas rusas en las fronteras del Afganistán. Tarde se dan por enterados los ingleses de un hecho que registramos en estas columnas hace un año, y al que hemos concedido notorio interés

en varias ocasiones. La síntesis de la argumentación británica es la siguiente: la enorme fuerza de expansión de Rusia no puede ser contenida por la fuerza de las armas si éstas no hieren el corazón del imperio; Rusia había extendido sus dos garras en los dos confines, oriental y occidental, del Asia, puesto que las elevadas cordilleras é inhospitalarias regiones que confinan por el S. con el centro de la Siberia, impiden la penetración por este lugar. Cuanto más dificultades encuentren los rusos en uno cualquiera de sus dos grandes objetivos asiáticos, tanto más concentrarán sus esfuerzos en el otro, de suerte que si la presente guerra termina con la victoria del Japón, el valladar opuesto á los rusos en Oriente será causa de que se precipite por el occidente de Asia la actividad conquistadora del grande imperio del Norte. Muchos son los puntos por donde el invasor podría penetrar en el Occidente, pero ninguno de ellos ofrece las ventajas del Afganistán, en comunicación directa, abierta y fácil con el corazón de la India. El ejército que la Gran Bretaña mantiene en la India, reconocen los mismos ingleses que no podría resistir el choque de un ejército europeo; la metrópoli se muestra cada vez más opuesta á la formación de un ejército nacional y no quiere modificar el actual sistema de mercenarios ó voluntarios, de suerte que no se ve remedio eficaz al peligro que amenaza. Sentado esto ¿conviene á Inglaterra que se cierren á Rusia, en absoluto, las puertas en el Extremo Oriente, atrayendo hacia la India los riesgos que antes amenazaban al Japón?

Algunos periódicos van más lejos y dicen que el Asia es muy grande, y queda en ella ancho campo para que rusos é ingleses puedan saciar sus apetitos sin necesidad de llegar á las manos, por lo cual sería de desear que se llegase á un sincero acuerdo entre la Gran Bretaña y Rusia. No falta quien aluda á la posibilidad de que no sea prorrogado el tratado de alianza anglo japonesa, y aun ha habido periódico que ha pedido la caducidad de aquel.

¿Qué ha ocurrido para que ahora los ingleses se percaten de lo que vimos hace muchos meses todos los que no somos británicos? Sencillamente, cuando comenzó la guerra Inglaterra creyó que Rusia sería fácilmente vencida en un tiempo brevísimo, que recibiría una herida mortal que la curase de sus tentativas de expansión, y abrigó la persuasión de que el transiberiano se desharía por sí mismo. Pero el vigor demostrado por Rusia, la obra colosal de reorganización que emprendió á pesar de lo difícil de su situación, su serenidad y perseverancia á prueba de los mayores reveses y contradicciones, la consolidación del transiberiano, la terminación inesperada y en un plazo brevísimo de la línea Orenburg-Tashkent, todas estas cosas, han abierto los ojos á los

ingleses, y les han demostrado que está demasiado lejos del centro del imperio la Siberia Oriental para que, en el caso más desfavorable, quede Rusia seriamente lesionada al terminar la guerra.

Por otra parte, el interés que tiene la Gran Bretaña en no volverse á malquistar con Francia, y los compromisos de ésta con Rusia, mueven al gabinete de Saint James á mostrarse prudente, y no extremar sus gestiones cerca del gobierno francés para que niegue todo auxilio á la flota de Rojdestvensky como pretenden los japoneses. Obligada Francia, por la habilidad de sus hombres de Estado, á jugar con dos barajas, tampoco sabe qué hacer, mientras que el Kaiser procura explotar en beneficio propio lo delicado é inestable de esta situación.

La polémica violentísima que sostienen



Capitán Grigorieff,  
comandante del acorazado G. A. Seniabn

los diarios alemanes y los ingleses con motivo del aumento en el poder marítimo, no puede pasar inadvertida. A la jactancia de los primeros, que sostienen que á la vuelta de pocos años las costas alemanas estarán completamente á cubierto de un ataque, y que la marina alemana podrá hacer frente á otra cualquiera, por poderosa que sea, han respondido los ingleses lanzando al aire los más bélicos sonidos, hasta el punto de que almirante ha habido que ha llegado á aconsejar que Inglaterra rompa las hostilidades antes de que la marina alemana llegue al grado de desarrollo que no tardará en alcanzar.

Creemos que la paz material no se turbará por ahora; pero la guerra ruso-japonesa va abriendo y acentuando cada vez más las diferencias y antagonismos entre las varias naciones. Mientras el Japón lleve la mejor parte en la contienda, no hay temor de que el incendio se propague, mas si es derrota-

do su desesperación le llevará á cometer los actos más audaces, y no caerá sin arrastrar á la guerra á otras potencias, con el fin de descargar en los demás las consecuencias de la catástrofe.

El último empréstito interior, del Japón, ha resultado algo desigual. De los 10 millones de libras esterlinas, solo se habían suscripto la mitad á los ocho días. El despacho del *Times* en que se hace público este fracaso, explica el hecho diciendo textualmente: «Es evidente que algunos de los más interesados se abstienen temporalmente de tomar parte en la suscripción, con objeto de colocar sus capitales en las mejores condiciones posibles de interés». No dice el *Times* si éste es uno de los rasgos del patriotismo japonés.



General Chtakelberg

Seis días después quedó cubierto el empréstito, gracias á la inversión en él de capitales colocados ya en el mercado japonés. En estas condiciones, claro es que el resultado apetecido por el gobierno de Tokio dista mucho de haberse logrado.

Los fondos japoneses han bajado. El día 12 de Mayo se cotizaba el 4 por 100 á 83 y el 4 por 100 ruso á 88.

F. LARÍN

#### CONCEPTO GENERAL

##### DE LA SITUACIÓN

Aunque el generalísimo Lenevitch consagra hoy toda su actividad y sus talentos militares á la oscura tarea de reconstituir

su ejército, no olvida sin embargo la preparación de las futuras operaciones, poniendo en movimiento cuerpos destacados y masas de caballería para crearse una situación estratégica favorable á sus ulteriores designios.

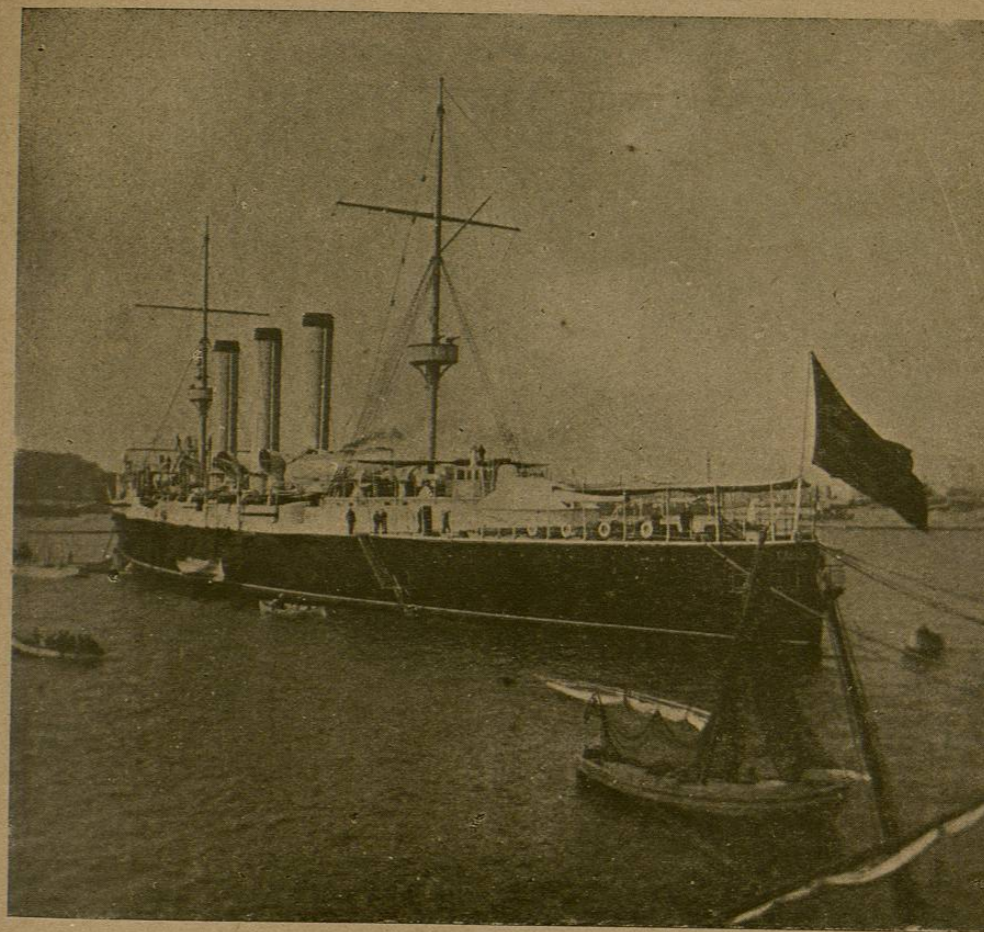
En los últimos días de Abril acusaban las noticias un avance general de las avanzadas rusas hacia el Sur. Las vanguardias japonesas continuaban agrupadas alrededor de Kai-yuan y Tchan-tu-fu, resistiendo trabajosamente los repetidos ataques de los destacamentos rusos enviados en reconocimiento. Hasta en Siao-ta-tsé, junto á la frontera de Mongolia había aparecido numerosa caballería rusa, y por otra parte, los japoneses fueron desalojados el día 22 de Abril de la importantísima posición de Fungva-sian, pueblo situado á 80 kilómetros al Este de Hsin-King y sobre un camino que desde Mukden va á Vladivostok, contorneando una gran parte de la frontera coreana. También las tentativas hechas por los japoneses para desalojar á las avanzadas rusas de la región montañosa se estrellaron en Pai-dia-tsé, pueblo del curso superior del Hun-ho y casi de igual latitud geográfica que Kai-yuan.

Parecen vislumbrar estos movimientos rusos el propósito de Lenevitch de no seguir los perniciosos ejemplos de prudencia de su antecesor el general Kuropatkin y de inspirarse más bien en el modelo del ilustre Suvoroff que en sus campañas de Italia y Suiza del año 1799 hizo inaudito alarde de energía y audacia y supo conquistar gloria imperecedera, en medio de situaciones desesperadas, imposibles de resolver. Concedemos importancia á la ocupación de Fungva-sian, porque esta posición pudiera ser punto de apoyo de una operación envolvente contra Mukden, si el ejército ruso, con el auxilio de los 70 000 reservistas sacados de los batallones de depósito y de las grandes unidades de refresco últimamente incorporadas, se reorganiza y entra en acción, antes de que los japoneses repongan las enormes bajas sufridas en Mukden y tomen la iniciativa, en la forma abrumadora que saben hacerlo.

Conviene indicar que las bajas de los rusos en la batalla de Mukden fueron muy inferiores á las que suponíamos. Según datos que el Estado Mayor de Lenevitch

acaba de dar á la publicidad, después de una escrupulosa comprobación, las bajas ascendieron, en conjunto, á 2 generales, 1.985 jefes y oficiales y 87.677 individuos de tropa, descomponiéndose estas cifras en 55.000 heridos evacuados, 15.000 muertos, 7.000 ú 8.000 prisioneros y de 10.000 á 12.000 extraviados; se perdieron también 26 piezas de campaña de tiro rápido. Como no hay motivo para dudar de la veracidad de estos

Mukden por medio de movimientos envolventes efectuados con manifiesta inferioridad numérica—270.000 japoneses contra 300.000 rusos—atrayéndose así la admiración entusiasta de todo el mundo militar, porque meritos tan colosales habían estado hasta ahora reservados á las *estrellas de primera magnitud* de la historia. Cierto es que el brillo de la nueva estrella ha quedado algo empañado por la falta de persecución y por



Crucero acorazado español «Carlos V»

datos, podemos abrigar la creencia de que á estas fechas el ejército ruso no sólo se halla en condiciones de cubrir pasivamente la región de Kirin, sino que presenciaremos, quizás muy en breve, sus operaciones ofensivas para arrebatár á sus enemigos, de un solo golpe, todas las ventajas morales y materiales que con tanta perseverancia ha conquistado.

Esta perspectiva más ó menos lisonjera para los rusos no ha de hacer olvidar que el mariscal Oyama supo ganar la batalla de

la conducta pasiva que demuestra en estos últimos días, dejando que el ejército ruso recobre alientos y prepare una reacción peligrosa. No es oportuno, sin embargo, formular censura alguna contra la alta dirección del ejército japonés, mucho menos cuando está averiguado que las pérdidas de Mukden fueron enormes, hasta el punto de que el ala izquierda, á la que correspondía el primer acto de la persecución, carecía al final de la batalla, más que de energías morales, de municiones y de viveres.